

- **Abel** el justo, cuya sangre vertida por su hermano Cain clama venganza al cielo, figura a Cristo, el justo por excelencia, cuya sangre vertida por sus hermanos los judíos pide misericordia.
- **Noé**, salvando del diluvio a su familia en el Arca por él fabricada, es figura del Redentor que salva de la muerte a la familia humana dentro de la Iglesia edificada por su propia mano, y fuera de la cual no puede haber salvación.
- **Melquisedec**, rey de Jerusalén y pontífice, ofreciendo pan y vino en sacrificio, simboliza al Salvador ofreciendo el sacrificio de la Santa Misa.
- **Isaac**, cargando con la leña del sacrificio en que debía ser inmolado, figura al Salvador llevando la cruz en que debía morir para expiar nuestros pecados.
- **José**, vendido por sus hermanos y encubierto más tarde como salvador de Egipto, representa al Redentor, vendido por Judas, condenado por sus hermanos los judíos, y convertido luego en Salvador del mundo.
- **Moisés** es una viva imagen del verdadero Libertador del mundo. Así como Moisés sacó al pueblo hebreo de Egipto, haciéndolo pasar por el Mar Rojo, donde quedaron ahogados todos sus perseguidores; y luego le otorgó de parte de Dios el maná y el agua milagrosa salida de la piedra, y lo gobernó durante cuarenta años; así también Nuestro Señor Jesucristo nos sacó de la cautividad del demonio haciéndonos pasar por las aguas del Bautismo, enrojecidas con su sangre, y en las cuales perecieron todos nuestros pecados; y luego nos concede el maná de la Eucaristía, el agua milagrosa de la gracia, y nos gobierna hasta introducirnos en la tierra prometida del cielo.
- **Jonás**, encerrado en el seno de un cetáceo y arrojado vivo a la playa al cabo de tres días, figura al Salvador sepultado en el sepulcro y gloriosamente resucitado al tercer día de su muerte.
- **David**, pastor elegido por Dios como rey de Israel, es figura de Cristo como buen Pastor y como Rey universal. Así como David mató a Goliat, Cristo venció al demonio. Y al igual que David estableció la ciudad de Jerusalén como sede del Tabernáculo y del verdadero culto dado a Dios, Cristo estableció la Iglesia como glorificadora de Dios su Padre y salvadora de las almas: fuera de ella no puede haber sacrificio legítimo, ni legítima alabanza a Dios.

Y pasando por alto otras figuras mesiánicas, como el *cordero pascual* y la *serpiente de bronce*, enseña San Pablo que todas las ceremonias legales del Antiguo Testamento, especialmente los sacrificios que se ofrecían en el Tabernáculo y luego en el Templo de Jerusalén, eran también figurativas del Mesías.

Había sacrificios **cruentos**, como los que consistían en inmolarse animales, y que representaban el sacrificio cruento que el Mesías había de ofrecer un día inmolándose en el madero de la Cruz; y sacrificios **incruentos**, como la oblación de flor de harina y los panes de la proposición, los cuales representaban el sacrificio incruento de la Misa, en la que el Redentor del mundo sigue ofreciéndose todos los días sobre nuestros altares.

Jesucristo, el Mesías

La esperanza de un Redentor futuro era el alma de la religión judía, y el hilo conductor de toda la historia del Antiguo Testamento. A este futuro Salvador de las naciones se lo llamó en el pueblo elegido «**Mesías**», palabra que equivale a «Cristo» (en griego) o «*Ungido*», y que es un nombre representativo de todos los títulos que había de reunir.

En efecto, como se ungió a los sacerdotes, reyes y profetas, así el futuro Redentor debía ser el Ungido por antonomasia, esto es, el Sacerdote, el Rey y el Profeta, por cuanto debía recibir la plenitud de la unción, no ya litúrgica y material, sino la simbolizada por ella, esto es, la efusión plena de los dones del Espíritu Santo.

1º Las profecías mesiánicas.

Un hecho insólito en la literatura universal es el de la redacción, en un espacio de más de mil años, de una serie de libros escritos por hombres de diferentes culturas, épocas, condiciones, y que no obstante conservan la más absoluta unidad de pensamiento. Pero más insólito es que en esos libros sagrados encontramos una serie de predicciones relativas a un personaje futuro, que definen no solamente su carácter personal, sino también las circunstancias históricas en que debía aparecer y la obra grandiosa que debía realizar. Son las *profecías mesiánicas*, así llamadas por referirse a la persona y a la obra del Mesías. Su fuerza demostrativa estriba:

1º En su **claridad estupenda** al señalar los pormenores de la persona y vida del Mesías.

2º En su **perfecta armonía**: como si cien pintores, que vivieron en distintas épocas, hubiesen cooperado inconscientemente a la ejecución de un magnífico retrato, sin modelo, sin la visión de conjunto de la figura que debían reproducir.

3º En su **convergencia absoluta** en una sola persona histórica, que debe realizarlas todas a la vez.

4º En su **exacta aplicación a Nuestro Señor**, pues su interpretación no es arbitraria: no se han aplicado las profecías a Jesús buscando en la literatura de Israel los rasgos que coincidiesen con El y con los episodios de su vida, sino que antes de que viniese Jesús la misma tradición judía había reunido todas las profecías que hablaban del Mesías para formar en la mente del pueblo un retrato bastante preciso del Salvador futuro que esperaban.

2º Retrato del Mesías según las profecías mesiánicas.

Las principales enseñanzas mesiánicas contenidas en el Pentateuco, esto es, **desde los comienzos hasta el tiempo de Moisés**, son las siguientes:

El Mesías es el Hijo de la Mujer que aplastará la cabeza de la serpiente (Gen. 3 15), descendiente de Sem (Gen. 9 27), de Abraham (Gen. 22 18), de Isaac (Gen. 26 4), de Jacob (Gen. 28 14), y de Judá, y vendrá al mundo cuando salga el cetro de Israel de la casa de este Patriarca (Gen. 49 10); será vencedor de Satanás (Gen. 3 15), una fuente de bendición para todos los pueblos (Gen. 22 18), la estrella que iluminará a todas las naciones (Num. 24 17), el Profeta anunciado por Moisés, y como él, Liberador, Mediador y Legislador, aunque superior a Moisés (Deut. 18 15).

Durante el **tiempo de los jueces y de los reyes hasta David**, encontramos las siguientes precisiones sobre el Mesías:

Será el Ungido de Dios (I Sam. 2 10); nacerá de la familia real de David (I Par. 17 11-14); será Hijo de Dios (Sal. 2 7), Rey de todos los pueblos (Sal. 2, 44, 109), Juez de todas las naciones (Sal. 109 6), Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (Sal. 109 4); se ofrecerá El mismo en holocausto a Dios (Sal. 39 7-8), sufrirá los dolores de una pasión atrozísima, descrita con muchos detalles: crucifixión, reparto de sus vestiduras, sorteo de su túnica (Sal. 21); no sufrirá la corrupción del sepulcro (Sal. 15 10); su reino será eterno, un reino de justicia, mansedumbre y equidad (Sal. 2, 44, 109).

Si pasamos a los **profetas**, los detalles son muy abundantes:

El Mesías nacerá niño (Is. 9 6), de una Madre Virgen (Is. 7 14), en la ciudad de Belén (Miq. 5 2); es Dios (Is. 7 14; 9 6); será lleno del Espíritu del Señor (Is. 11 1-2); aparecerá cuando hayan pasado las setenta semanas de años anunciadas por Daniel (Dan. 9 24-27); tendrá un precursor (Is. 40 3-11), comenzará a predicar en los confines de Zabulón y Neftalí (Is. 9 1), anunciará el reino de Dios a los pobres y a los humildes (Is. 61 1), abrirá los ojos a los ciegos y devolverá la salud a los enfermos (Is. 35 5-6), y convertirá a las Gentes, las cuales serán llamadas también a la salvación (Is. 2 1-4; 51 4; 55 4); entrará en Jerusalén sentado sobre una asna (Zac. 9 9); instituirá un sacrificio nuevo (Mal. 1 11); será vendido por treinta monedas, con las cuales se comprará luego el campo de un alfarero (Zac. 11 12-13); se lo llevará ante los tribunales porque es el Justo y se llama Hijo de Dios (Sab. 2 10-20); sufrirá una dolorosísima pasión (Is. 53 2-3), minuciosamente descrita: flagelación, salvazos y bofetadas (Is. 50 6), su silencio y mansedumbre, juzgado con juicio inicuo, condenado a muerte, contado entre malhechores, sepultado en un sepulcro de rico, habiendo ofrecido su vida en expiación de nuestros pecados (Is. 53); gloria de su sepulcro (Is. 11 10) y su propia glorificación (Is. 52 13-15); dilatación de su Reino (Is. 60 1-4), etc.

Todos estos rasgos, y otros cien que podrían añadirse, de tal manera forman la idea del futuro Mesías, que cuando llegue el Esperado de las naciones bastará proyectar sobre El las luces de las profecías para reconocerle de manera inconfundible y aclamarle Hijo de Dios e Hijo del hombre.

3º Jesús, el Mesías.

Todas las profecías citadas se realizaron al pie de la letra en una sola persona histórica, de que nos hablan los Evangelios: la persona de **Nuestro Señor Jesucristo**. Por lo tanto, El es el Mesías esperado, el Hijo de Dios, el Hijo del hombre, el Redentor de la humanidad.

Nuestro Señor mismo afirmó su título de Mesías: • ante la mujer samaritana (Jn. 4 26); • ante los Judíos incrédulos, afirmándoles que Moisés y las Escrituras hablaban de El: «Escudriñad las Escrituras, puesto que creéis hallar en ellas la vida eterna: ellas son las que están dando testimonio de Mí... Si creyeseis a Moisés, me creeríais también a Mí, pues de Mí escribió él» (Jn. 5 39 y 46); • y ante sus discípulos, aceptando el título de «Cristo, Hijo de Dios vivo» que le dieron Pedro (Mt. 16 16) y Marta (Jn. 11 27), y demostrándoles, después de su resurrección, que en El se cumplían las Escrituras: «Era conveniente que el Cristo padeciese, y entrase así en su gloria. Y empezando por Moisés, y discurrendo por todos los Profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de El» (Lc. 24 26-27).

Los Evangelistas, sobre todo San Mateo y San Juan, demuestran que los acontecimientos de la vida de Jesús son el cumplimiento de las profecías: su concepción virginal (Mt. 1 22-23), su nacimiento en Belén (Mt. 2 5-6), su huida a Egipto (Mt. 2 15), su residencia en Nazaret (Mt. 2 23), su precursor (Mt. 3 3), el inicio de su predicación en los confines de Zabulón y Neftalí (Mt. 4 14-15), su celo por la casa de su Padre (Jn. 2 17), su exaltación sobre la cruz, simbolizada por la serpiente de bronce (Jn. 3 14), la Eucaristía, simbolizada por el maná (Jn. 6 48-51), sus curaciones de enfermos (Mt. 8 17), sus milagros, que Isaías atribuía al Mesías (Mt. 11 4-5), su mansedumbre (Mt. 12 17-21), su futura resurrección (Mt. 12 40), su predicación en parábolas (Mt. 13 14-15), su entrada en Jerusalén sentado sobre una asna (Jn. 12 14-16), su divinidad (Mt. 22 41-45), la traición de Judas (Mt. 26 24), las treinta monedas por las que será vendido (Mt. 26 9-10), el reparto de sus vestiduras (Jn. 19 24), su sed en la cruz (Jn. 19 28), su transfixión (Jn. 19 36-37).

*Por lo demás, después de la Ascensión de Jesús, los Apóstoles unieron definitivamente el nombre de Cristo al nombre de Jesús: Jesús es para siempre **Jesucristo**. San Mateo y San Marcos le llaman así desde las primeras líneas de sus Evangelios; y San Pablo, en sus epístolas, más de 200 veces.*

4º Las figuras del Antiguo Testamento.

El Catecismo de San Pío X nos enseña que no sólo «*sabemos que Jesucristo es verdaderamente el Mesías y Redentor prometido por haberse cumplido en El todo lo que anunciaban las profecías*», sino también por haberse realizado en El «*todo lo que representaban las figuras del Antiguo Testamento*», y que consisten en las personas, instituciones y hechos históricos que Dios preordenó para prefigurar los diversos aspectos, propiedades y misterios del Mesías que había de venir. Las principales son las siguientes:

• *Adán, padre del género humano según la carne, representa al Salvador, padre del género humano según el espíritu.*